

## LA ALCALDESA

¡Consuelo, por Dios!

## CONSUELITO

Hija, en Madrid lo oí... Los chicos de la calle no sabían otra cosa. Bueno: que es mentira. ¿Queréis que diga y sostenga que miente todo el mundo? Pues lo digo: á benevolencia nadie me gana. Pero también os aseguro una cosa: en mi fuero interno creo que el Conde de Albrit tiene razón en odiar á su nuera, y lo pruebo, como diría Senén.

## EL CURA, riendo.

Recomiéndele usted á su fuero interno que no sea tan malicioso.

## CONSUELITO

Pero no puedo recomendar á mis ojos que no vean lo que ven; y han visto que la cara de la Condesa se queda como el mármol cuando le nombran á su suegro.

## EL CURA

De mármol blanco. Es que tiene una tez que ya la quisiera usted para los días de fiesta.

## CONSUELITO

Yo no presumo.

## EL CURA

Podía...

## LA ALCALDESA, cortando la cuestión.

Basta. Mientras esta señora esté en mi casa, yo no tolero...

## CONSUELITO

Claro... pero conste que ella viene á honrarse á tu casa... no eres tú quien se honra con recibirla y agasajarla. ¡Pues no le han dado hoy poquita ovación!... Y dice que no le gustan los vivos... A poco más revienta de orgullo.

## EL CURA

Señora Doña Consuelito, no abre usted la boca sin decir algo en ofensa del prójimo. Haga caso de mí, que la quiero bien: ponga mesura en sus palabras, y enfrene un poco su curiosidad de las vidas ajenas.

## CONSUELITO

¿Qué mal hay en saber lo que pasa, siendo verdad? La curiosidad es hija de Dios, y de la curiosidad nace la historia que usted cultiva, y nace la ciencia que descubre tantas cosas.

## EL CURA

La curiosidad perdió á Eva.

## CONSUELITO

Hay opiniones...

## EL CURA, riendo.

Es dogma.

## CONSUELITO

Bueno... lo creo por ser dogma, que si no, no lo creía. Una cosa siento, acordándome de lo del Paraíso... Sí, señor, siento no haberlo visto yo, para que nadie me lo contara.

LA ALCALDESA, viendo llegar á la Condesa.  
Silencio... Aquí viene.

LUCRECIA

¡Pobre Senén! Las chiquillas le traen loco.

La inopinada presencia del periodista en la verja de entrada exige nueva intervención de la muleta del señor Alcalde. Preséntase también el director del orfeón. La Alcaldesa se ve precisada á poner coto á los juegos inocentes de sus hijuelos, y acude al estanque, donde se lavan las manos, mojándose la ropita nueva. Nell y Dolly llaman á Consuelito y al Cura. Senén y la Condesa se encuentran un rato solos.

LUCRECIA, sensada á la sombra de una magnolia frondosísima.

Ya sé que has visto á ese hombre, que le has hablado.

SENÉN, en pie, respetuoso.

Viene de malas.

LUCRECIA, disimulando su miedo.

¿Y qué me importa? Forzoso es darle algo para que viva... Me dejará en paz.

SENÉN

Lo dudo... Como soberbio que es, no querrá limosna; como quisquilloso y camorrista, querrá escándalo.

LUCRECIA, trémula.

¡Escándalo!... ¿Qué?... ¿te ha dicho algo?

SENÉN, haciéndose el misterioso.

Á mí, no... En Madrid, un amigo mío que vivió en Valencia con el señor Conde, me dijo que éste, desde la muerte de su hijo (Dios le tenga en su gloria), no vive más que para un fin: revolver lo pasado, los desechos del pasado...

LUCRECIA

Como los traperos en los montones de basura.

SENÉN

Revolver para sacar... lo que encuentre.

LUCRECIA, muy inquieta.

Y á ti te haría mil preguntas... Sabe que fuiste mi criado... y los criados siempre poseen algún secreto... digo mal, algún dato de las intimidades de sus amos.

SENÉN, enfáticamente.

En mí tuvo y tendrá siempre la señora Condesa un servidor leal...

LUCRECIA

Lo sé... Confío en ti.

SENÉN

Y aunque no me obligaran á la lealtad los motivos de agradecimiento que me hacen esclavo de la señora, seré fiel y seguro porque tengo la honradez metida en las entrañas...

LUCRECIA

Lo sé... (Apuradísima por librar su olfato del insoportable perfume de heliotropo que Senén despide de su ropa, saca el pañuelo, y se acaricia con él la nariz, fingiendo constipación.)

SENÉN

Sirvo á la Condesa de Laín desinteresadamente en todo aquello que guste mandarme, sea lo que fuere... Pero no olvide la señora que su humilde protegido, el pobre Senén, no merece que- darse á mitad del camino en su carrera.

LUCRECIA, con hastío y desdén.

¿Pero qué... quieres más? ¿Solicitas otro ascenso? Ahora es imposible.

SENÉN, quejumbroso.

No es eso. Por la administración á secas no se va á ninguna parte.

LUCRECIA

¿Pues qué pretendes?... Dilo pronto y acaba de una vez. ¿Quieres el arzobispado de Toledo, ó la cruz laureada de San Fernando?

SENÉN

Aspiro á una posición obscura y de mucho trabajo, con lo cual podré asegurar mi subsistencia en lo que me quede de vida.

LUCRECIA, impaciente, deseando que se vaya.

Bueno: la tendrás. ¿Es cosa que puedo hacer yo?

SENÉN

Facilísimamente, no dejando pasar la ocasión. Es cosa muy sencilla. Que me nombren agente ejecutivo de la cobranza de Derechos Reales.

LUCRECIA

¿Y eso da dinero?

SENÉN

¡Que sí da!

LUCRECIA

¿De modo que pidiéndolo al Ministro...?

SENÉN

Como tenerlo en la mano.

LUCRECIA, levantándose, por huir del perfume y del perfumado.

Si es así, cuenta con ello.

SENÉN

Permítame la señora un momentito...

LUCRECIA

¡Insufrible pedigüeño! ¿Todavía más?

SENÉN

Se me olvidó decir á la señora que para desempeñar ese cargo necesito fianza.

LUCRECIA, muy displicente.

¿También eso?

SENÉN

Una fuerte fianza.

LUCRECIA, sofocando su ira.

Yo no puedo ponértela...

SENÉN, dando un paso hacia ella.

Pero el señor Marqués de Pescara me la facilitará sólo con que la señora se lo diga... ó se lo mande.

LUCRECIA

¡Oh!... Esto ya es absurdo... Pides cosas difíciles, enfadosas.

SENÉN, dando otro paso en seguimiento de la Condesa, que se aleja.

Si la señora no quiere molestarse para que yo salga de pobre, no he dicho nada... Se me olvidaba manifestarle que el dinero estará seguro, y el señor Marqués cobrará intereses de la Caja de Depósitos.

LUCRECIA, deseando concluir.

Está bien... Pero es dudoso que yo pueda ver á Ricardo...

SENÉN, con seguridad.

Le verá mañana ó pasado.

LUCRECIA, con súbito interés, aproximándose á él, sin temor á la fragancia heliotrópica.

¿Dónde? ¿Qué dices? ¿Dónde?

SENÉN

En Verola, á donde la señora va desde aquí.

LUCRECIA

¿Y cómo lo sabes?

SENÉN

Cuando lo digo, es porque lo sé... y lo pruebo.

LUCRECIA

¡Él también en Verola!... ¡Ah! lo sabes por su ayuda de cámara, que es tu primo. ¿Estás seguro?

SENÉN

Prométame la señora que si encuentra allí al señor Marqués le pedirá la fianza. Con eso me basta.

LUCRECIA, rehaciéndose, avergonzada de sostener coloquio familiar con un inferior.

Yo veré... Ignoro en qué disposición encontraré á Ricardo.

SENÉN, muy animado.

Prométame hablarle de mi fianza si le encuentra en buena disposición. Me conformo.

LUCRECIA

Te prometo no olvidar el asunto, mirarlo con interés... siempre que tú me asegures una lealtad á toda prueba...

SENÉN, con aspavientos de adhesión.  
¡Señora!...

LUCRECIA, tapándose la nariz.  
Retírate...

SENÉN  
¿Qué... está la señora constipada?

LUCRECIA, burlona.  
No, hombre... Es que usas unos perfumes tan fuertes, que no se puede estar á tu lado... Vete ya.

SENÉN, turbado.  
Pues yo creía... No molesto más... (Saludando á distancia.) Señora...

LUCRECIA, agitando con su pañuelo el aire, para alejar los miasmas olorosos.

¡Qué desgraciada soy, Dios mío! ¡Tener que soportar á ese animalejo, y oírle, y olerle... sólo porque le temo!...

LA ALCALDESA, que vuelve de meter en cintura á sus niños.

¿Qué hace usted, Lucrecia?

LUCRECIA  
Limpiar la atmósfera de los perfumes que usa este imbécil.

LA ALCALDESA, riendo.  
Sí, sí: tiene infestada... toda la población.

(Entra en el jardín *Capitán*, el perrito de la Pardina, y corre hacia las niñas, brincando de alegría, y meneando el plumacho que tiene por cola.)

DOLLY, bajándose para cogerle de las patas delanteras.  
Hola, pillo, ¿vienes á ver á tus niñas?

NELL  
¿Qué trae por aquí el chiquitín de la casa? Tú no has venido solo, *Capitán*.

DOLLY  
¿Con quién has venido?

EL ALCALDE, á Lucrecia.  
Ahí tiene usted á Venancio, con un recado del *León de Albrit*... Cuidado que no le llamo flaco ni gordo, ni hablo de sus pulgas.

LUCRECIA, demudada.  
Voy... ¿Qué será? (Entra en la casa, acompañada de la Alcaldesa.)

EL ALCALDE, á Consuelito, que ávida de noticias se le aproxima.

Esta tarde no podremos librarnos del orfeón. Ya le he dicho á Fandiño que con un par de cantatas nos daremos por bien servidos.

CONSUELITO  
Y echarán, aplicándolo á tu amiga, el coro dedicado á Isabel la Católica, que dice: «Salve, matrona excelsa...» (Cantando.)

## EL ALCALDE

El tábano de Cea debiera celebrar su *interbú* contigo. Pero como estás sorda, le encargaré que se traiga una trompetilla.

CONSUELITO, amenazándole con su abanico.

¡Sorda yo!

## EL ALCALDE

Quiero decir que debieras serlo... y muda.

## CONSUELITO

Eso quisieras tú, para hacer mangas y capirotes en el Ayuntamiento.

LUCRECIA, que vuelve de la casa, con la Alcaldesa y el Cura.

Mi noble suegro me pide hora y sitio para nuestra entrevista. He dicho á Venancio que le contestaré esta tarde.

## EL CURA

Me parece bien que no se demore el careo. Sea usted humilde si él es orgulloso. Tiene usted la juventud, la fuerza, no sé si la razón... El es anciano, infeliz... Merece indulgencia.

LUCRECIA, mirando más al suelo que á los que la rodean.

No sé qué pretenderá... Lo sabremos mañana.

## EL ALCALDE

Citémosle aquí. Verá usted cómo conmigo no se desmanda. ¡Leoncitos á mí!

LUCRECIA, vacilando.

No sé... no sé...

## CONSUELITO

Si quiere usted celebrar la entrevista en mi casa, pongo á su disposición una sala hermosísima... Con franqueza. Estarán ustedes solitos... Se cierran bien las puertas...

## LUCRECIA

No, gracias... Iré á la Pardina.

## EL CURA

Fije usted la hora, y yo le llevaré el recado.

## LUCRECIA

Mañana, á las diez.

LA ALCALDESA, desconsolada.

¡Mañana que pensaba yo llevármela á visitar á las monjitas!

## EL ALCALDE

Y el colegio, y la fábrica, y el matadero, y los casinos de la *masa obrera*, y el hospital, y el instituto, y las escuelas... Condesa, que espere el león un día más.

## LUCRECIA

No puede ser, mi querido D. José María, porque me voy mañana.

LA ALCALDESA, con asombro y cierta indignación, de que participa su esposo.

¿Cómo es eso? ¡Lucrecia, por Dios...!

EL ALCALDE, dando resoplidos.

¡Trómpolis! Eso no es lo tratado.

LA ALCALDESA

No, hija mía; no lo consentimos. Dijo usted que cuatro días.

EL ALCALDE

Me opongo. Saco la vara.

EL CURA

Y yo saco el Cristo.

CONSUELITO

¡Ingrata! ¡Dejarnos tan pronto!

LUCRECIA, remilgada, suspirando.

Lo siento en el alma...

EL CURA

¿Pero tan mal la tratamos?

CONSUELITO, poniendo morros.

Sin duda la tratan mejor en Verola, en el castillo de sus amigos los Donesteve.

LUCRECIA

Compromiso ineludible. Me esperan mañana. Pero no hay que apurarse... Volveré.

EL ALCALDE, con grosería.

¿De veras? ¡Cómo nos está tomando el pelo!

LA ALCALDESA

No, no nos engaña. Volverá.

LUCRECIA

Como que es muy probable que allí determine llevarme á las chiquillas... Francamente, me inquieta un poco dejarlas en Jerusa.

EL CURA, frunciendo el ceño.

Tal vez...

NELL, corriendo hacia su madre.

¡Mamá, el orfeón!

DOLLY

¡El orfeón! Ahí están.

NELL, batiendo palmas.

¡Qué gusto!

DOLLY

¡Qué alegría!

CONSUELITO, cantando bajito.

«Salve, matrona excelsa...»

## ESCENA V

Sala baja en la Pardina.

LUCRECIA, sentada, melancólica, mirando al suelo;  
EL CONDE, que entra por el foro.

EL CONDE

Señora Condesa... (Se inclina respetuosamente. Saluda ella con fría reverencia.) Agradezco á usted que haya tenido la bondad de concederme esta entrevista, aunque para merecer yo favor tan grande haya tenido que venir á Jerusa. (Toma una silla, y se sienta cerca de ella.)

LUCRECIA

Es obligación sagrada para mí acceder á su ruego... aquí ó en cualquier parte. Obligación digo: durante algún tiempo me ha llamado usted su hija.

EL CONDE

Pero ya no... Esos tiempos pasaron. Fué usted, como si dijéramos, una hija eventual... transitoria, una hija de paso...

LUCRECIA, esforzándose en sonreír para engañar su miedo.

Y á las hijas de paso... cañazo.

EL CONDE

Extranjera por la nacionalidad, y más aún por los sentimientos, jamás se identificó usted con mi familia, ni con el carácter español. Contra

mi voluntad, mi adorado Rafael eligió por esposa á la hija de un irlandés establecido en los Estados Unidos, el cual vino aquí á negocios de petróleo... (Suspirando.) ¡Funestísima ha sido para mí la América!... Pues bien: como todo el mundo sabe, me opuse al matrimonio del Conde de Lain; luché con su obstinación y ceguera... fui vencido. Me han dado la razón el tiempo y usted; usted, sí, haciendo infeliz á mi hijo, y acelerando su muerte.

LUCRECIA, airada, y todavía medrosa.

Señor Conde... eso no es verdad.

EL CONDE, fríamente autoritario.

Señora Condesa, es verdad lo que digo. Mi pobre hijo ha muerto de tristeza, de dolor, de vergüenza.

LUCRECIA, sacando fuerzas de flaqueza.

No puedo tolerar...

EL CONDE

Calma, calma. No se acalore usted tan pronto... cuando apenas he comenzado...

LUCRECIA

Es monstruoso que se me pida una entrevista para mortificarme, para ultrajarme. (Afligida.) Señor Conde, usted nunca me ha querido.

EL CONDE

Nunca... Ya ve usted si soy sincero. Mi penetración, mi conocimiento del mundo no me en-

gañaban. Desde que vi á Lucrecia Richmond la tuve por mala, y si en algo han fallado mis augurios ha sido en que... en que salió usted peor de lo que yo pensaba y temía. »

LUCRECIA, levantándose altanera.

Si esta conferencia, que yo no he solicitado, es para insultarme, me retiro.

EL CONDE, sin alterarse.

Como usted guste. Si prefiere que lo que tengo que decirle lo diga á todo el mundo, retirese en buen hora. Por la cuenta que le tiene, preferirá sin duda oírlo sola, por mucho que le desagraden mi voz y mis acusaciones. ¿No es eso? El oprobio de que pienso hablarle quedará entre los dos. Nos lo repartiremos por igual, sin dejar nada para los extraños. ¿No es esto mejor que arrojarlo fuera, á puñados, sobre la multitud? (La Condesa, que vacila entre salir y quedarse, da un paso hacia su asiento.) ¿Ve usted cómo no le conviene dejarme con la palabra en la boca?... Así es mejor.

LUCRECIA, angustiada, pasándose la mano por los ojos y la frente.

Sí, sí... Le suplico la brevedad... Lo que se propone decirme, dígalo pronto, pronto...

EL CONDE

Es un poquito largo... (Le señala el asiento.) ¿Á qué tanta prisa? ¡Cuánto mejor está usted aquí conmigo, oyendo las terribles verdades que salen de mi boca, que entre gentes aduladoras y embusteras, que públicamente la festejan, y en

privado la denigran! ¿Acaso es usted tan candorosa que se paga de esa estúpida farsa de la ovación callejera, y los vivas y los cohetes? Todos los que se han quedado roncacos aclamando á la Condesa de Lain, se aclaran la voz contando aventuras galantes, anécdotas maliciosas. Y también digo que, con ser usted mala, no lo es tanto como creen y afirman los imbéciles que ayer la vitorearon.

LUCRECIA, queriendo serenarse.

Más vale así... Siempre es un consuelo ser mejor de lo que nos creen los amigos.

EL CONDE

Siéntese usted. Después de oír tantos embustes y lisonjas, no le viene mal oír la voz de la justicia, de la verdad... y oírla con paciencia cristiana.

LUCRECIA

¡Paciencia! Ya ve usted que la tengo, aunque no sea tanta como su malicia. Pero no hay que abusar, señor mío; no vea usted cobardía en lo que es respeto á la ancianidad, á los lazos que nos unen y que usted no puede desconocer, á sus terribles infortunios...

EL CONDE, con gran abatimiento.

Sí, sí: soy muy desgraciado.

LUCRECIA, envalentonándose al ver desmayar á su enemigo.

Pero usted, Sr. D. Rodrigo, no aprende nunca. Las desgracias, que son lecciones y avisos de la

Providencia, doman al más soberbio y suavizan al más atrabiliario. Esta ley, sin duda, no reza con usted. Francamente, yo creí que la pérdida total de su fortuna y el horrible desengaño de América, amansarían su orgullo... Veo que no. El león, caduco y pobre, vuelve á España más fiero.

EL CONDE

¿Qué quiere usted?... Dios me ha hecho fiero, y fiero he de morir.

LUCRECIA, intentando tomar una posición ofensiva.

Es usted, según creo, el hombre de las equivocaciones, y bien puede decirse que todo aquello en que pone la mano le sale mal. Le hacen creer que el Gobierno peruano está dispuesto á reconocerle la propiedad de las minas de Hualgayos, y se embarca, la cabeza llena de viento, discurrendo cómo traerá la enorme carga de millones que allá le tenían muy guardaditos... Pero la realidad le deparó tan sólo desprecios, cansancio inútil, humillaciones... Y no teniendo sobre quién descargar su despecho, se revuelve contra una pobre mujer, y la injuria y la maldice.

EL CONDE

Si al regresar de aquella excursión que consumó mi ruina hubiera yo encontrado á mi hijo vivo, su cariño me habría hecho olvidar mi triste situación. Pero la muerte de Rafael, acaecida hace cuatro meses, avivó en mí la irascibilidad, despecho si usted quiere, el sabor amargo que en mi alma dejaron las desdichas... y avivó

también el odio á la persona que creo responsable de la infelicidad y de la muerte de aquel hombre tan bueno y leal.

LUCRECIA, altanera.

¡Responsable yo de su muerte! Eso es una infamia, señor Conde.

EL CONDE, con gran entereza.

Mi hijo ha muerto... del abatimiento, del bochorno á que le llevaron los escándalos de su esposa. Eso lo sabe todo el mundo.

LUCRECIA, airada, levantándose.

Mire usted lo que dice. Se hace usted eco de viles calumnias. Tengo enemigos.

EL CONDE

Más que los enemigos, difaman á Lucrecia Richmond... sus amigos.

LUCRECIA, desconcertada.

Repito que es calumnia.

EL CONDE, levantándose también.

Ahora lo veremos... (Con cierta dulzura.) Lucrecia... aún podría suceder que yo me equivocara, que fuese usted mejor de lo que supongo... Este error mío lo confirmaría usted, dándome con ello una dura lección, si tuviera el arranque de confesarme la verdad...

LUCRECIA, aturdida.

¿La verdad?...

EL CONDE

Si... sobre un punto delicadísimo sobre el cual le interrogaré.

LUCRECIA, medrosa.

¿Cuándo?

EL CONDE

Ahora mismo... sí, y contestándome sin pérdida de tiempo, me proporcionará el placer inefable de perdonarla. Crea usted que al fin de mi vida, quebrantado, triste, moribundo casi, el perdonar es gran consuelo para mí.

LUCRECIA, con terror.

¡Interrogarme! ¿Soy acaso criminal?

EL CONDE

Sí.

LUCRECIA, luchando con su conciencia, que anhela manifestarse.

Todos somos imperfectos... No me tengo por impecable... ¿Pero á usted... quién le ha hecho confesor... y juez?

EL CONDE

Me hago yo mismo... Quiero y debo serlo, como jefe de la familia de Albrit, y guardador de su decoro.

LUCRECIA, con pánico, queriendo huir.

Esto es insoportable... No puedo más...

EL CONDE, deteniéndola por un brazo.

No, no. No puede usted negarse á responderme... al menos para demostrarme que no tengo razón, si en efecto no la tuviera y usted pudiese probarlo. Lo que voy á preguntar es grave, y el acto de preguntarlo yo, de contestarme usted, ha de revestir cierta solemnidad. Ahora no soy yo quien habla: es el marido de la que me escucha, es mi hijo, que resucita en mí... (Pausa.) Siéntese usted. (La lleva al sillón.)

LUCRECIA, cayendo desfallecida en el sillón.

Por piedad, señor... Me está usted martirizando.

EL CONDE

Perdóneme usted... Es preciso... Hay que sufrir algo, Lucrecia. No todo ha de ser gozar y divertirse. (Pausa. La Condesa, ansiosa, no se atreve á mirarle.) Al llegar á Cádiz de mi frustrado viaje, entregáronme una carta de Rafael, en la cual me manifestaba su dolor, su amargura hondísima. La vida había perdido para él todo interés. Hallábase enfermo, y en su desesperación no anhelaba curarse. Le consumía el desaliento, la pérdida de toda ilusión, la vergüenza de ver ultrajado su nombre...

LUCRECIA, revolviéndose.

¡Señor Conde, por Dios!...

EL CONDE

Mi hijo vivía separado de su esposa desde el año anterior.

LUCRECIA

¿Y quién asegura que fué por culpa mía?

EL CONDE

Yo lo aseguro: por culpa de usted.

LUCRECIA

No es cierto.

EL CONDE, colérico.

No me desmienta usted. Calle ahora y escuche. (Recobrando el tono narrativo.) Rafael no me decía nada concreto. Expresaba tan sólo el estado de su espíritu, sin exponer las causas...

LUCRECIA, con viveza.

No decía nada concreto. Luego...

EL CONDE

Pero, á poco de recibir la carta, me dió cuenta detallada de las aventuras de la Condesa de Lain un amigo mío queridísimo, persona de intachable veracidad, que no sólo refería lo que era público y notorio, sino algo que por circunstancias excepcionales tuvo ocasión de conocer y comprobar; hombre que no ha mentado nunca, tan bueno y noble, que al hacerme la triste historia de aquellos escándalos, casi, casi los atenuaba... No necesito nombrarle. Usted le conoce.

LUCRECIA, aterrada, casi sin voz.

Yo... no.

EL CONDE

Usted sabe quién es. Y no se atreve, no se atreve á sostener que ha mentado, porque su conciencia, Lucrecia, se sobrepone á su cinismo; y antes dudará usted de la luz que de la veracidad de ese hombre, venerado de todo el mundo, gloria de la magistratura...

LUCRECIA, agarrándose á un clavo ardiendo.

El hombre más recto puede equivocarse... sobre todo si respira un ambiente malsano de habillitas y embustes..

EL CONDE

Sigo. Me refirió todo, todo... es decir, todo no. Falta algo, tan secreto, que sólo usted lo sabe... y usted me lo va á decir.

LUCRECIA, con angustias de muerte.

¡Qué suplicio, Dios mío!

EL CONDE

¡Suplicio! No se acuerda usted del de su esposo, fugitivo, solo, muriendo de melancolía, sin que ningún cariño le consolara... porque yo estaba ausente, y usted, que no leamaba, no hacía más que rebuscar pretextos para apartarse de su lado... Claro que al recibir la carta y al oír los informes de mi amigo, me faltó tiempo para correr al lado de Rafael. Tomé el tren, y sin parar en ninguna parte, me fui á Valencia...